La brocante à Paris

Autor(en): **Gala**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suizos [Edición español]**

Band (Jahr): **- (1956)**

Heft 4

PDF erstellt am: **29.05.2024**

Persistenter Link: https://doi.org/10.5169/seals-797687

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

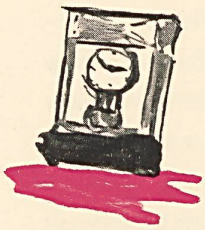
Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

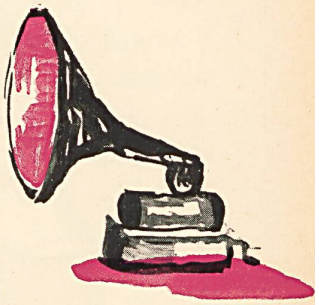
http://www.e-periodica.ch

La Brocante à Paris.

« El placer de comprar curiosidades viene en segundo lugar ; lo que más importa es el regateo. »

BALZAC - *El Primo Pons*



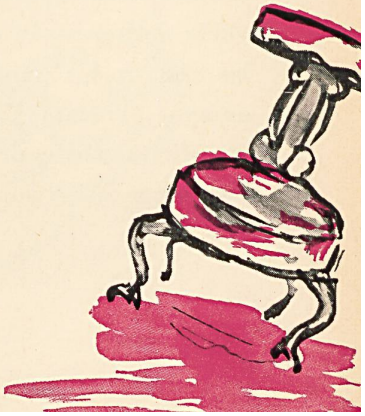


« La Mariscala de Estrées era avara con exceso, y la primera en tomarlo a broma ; era además cambalachera y estaba al tanto de las cosas y de sus precios. »

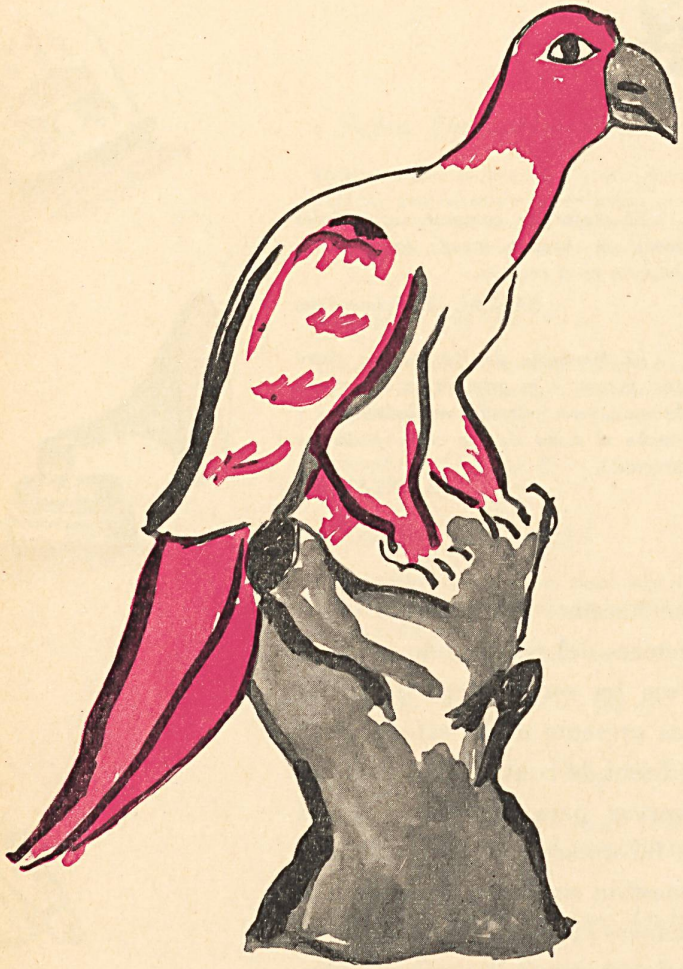
SAINT-SIMON

Estas cuantas reflexiones que hacemos seguir están destinadas en primer lugar a los lectores del país donde nació el arquitecto Le Corbusier. Por eso les sorprenderá quizás la afirmación de que nuestra época presente no ha sabido crear un estilo propio. No obstante y fuera de contadas excepciones sobresalientes, basta saber observar para darse cuenta del fracaso de los modernos. Y de informarse. Hace ya algunos meses, le hemos planteado la cuestión siguiente al Presidente de la sociedad de artistas decoradores más seria y más fuerte : « ¿ Quiénes compran los muebles modernos ? » — « Casi nadie, nos contestó, aparte de las colectividades, los ministerios y las administraciones públicas, y también de algunos representantes de las profesiones liberales. »

Pronto hará un siglo desde que la sociedad francesa de buen tono ha dejado de interesarse por el estilo de su propia época. Hasta Napoleón III, el arte y el mobiliario vivían con su tiempo. Del mismo modo que los reyes que llevaron el nombre de Luis dejaron cada uno rastros de su paso protegiendo y orientando las artes, también el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Restauración y también el rey Luis Felipe crearon una decoración propia. Con el nuevo emperador, en cambio,



ocurrió algo distinto. Las Tullerías mandaron hacer copias en el estilo de Luis XV y de Luis XVI ; Viollet-le-Duc y los escritores de por entonces volvieron a poner de moda el estilo gótico. Los Goncourt se encapricharon con lo japonés, todo servía de pretexto para interesarse por los tiempos pasados, para rodearse de antigüedades. El Primo Pons formó



émulos y todo el mundo se volvió coleccionista. Sin embargo, de cuando en cuando se asiste a brotes repentinos. Verbigracia, la exposición universal de 1900 que produjo el estilo modernista, llamarada de volutas y de filetes decorativos que duró lo que un fuego de paja ; o también, la exposición de 1925, secuela de la escuela muniquense y de la influencia de Paul Poiret y donde los decoradores buscaron un camino entre el detalle recargado y la aridez del vuelo de hormigón en salientes superpuestos, como las alas de los triplanos Caproni. Pero todos esos ensayos abortan. Y, mientras tanto, los curiosos y los aficionados confirman sin cesar su predilección por lo que fué, y su repulsa de lo que se les propone.

* * *

De ello proviene el auge extraordinario de los anticuarios y de los chamarileros. No sé cuántos anticuarios puede haber en Francia, aunque sería fácil hacer el censo de los que reseña el directorio de Bottin. Lo cierto es que su número aumenta sin cesar. Desbordan de los barrios que, antaño, eran su feudo, la « rue des Saints-Pères », la « rue Jacob », la « rue Bonaparte », la de la Universidad. Se los encuentra por todas partes, desde la plaza de Italia hasta las Buttes-Chaumont, desde Neuilly hasta Vincennes. En cuanto se construye un grupo de casas en Passy, en Auteuil o en los bulevares exteriores, entre las primeras tiendas que limpian las lunas de los escaparates suele haber siempre un anticuario. Existen tantas cómodas estilo Luis XV pretendidamente auténticas como botellas de Beaujolais en las mesas de todo el mundo. Toda Francia cubierta de viñedos no bastaría indudablemente para producir todo el « beaujolais » que se vende, y, lo mismo, habrían sido necesarios doscientos millones de franceses del Gran Siglo para fabricar tantísimas cómodas. Pero eso no importa. Lo principal es el encontrar hermosos muebles.

Además de los anticuarios, representantes del buen tono, del chinero patinado y de las maderas relucientes, existen sus hermanos menores, los ropavejeros y los chamarileros. Y esto ya es todo un mundo.

* * *

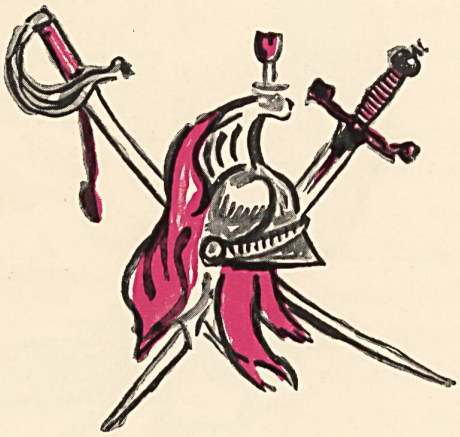
Un mundo en el que nadie se aburre. Un mundo en el que no se despilfarran los cuartos en almacenes suntuosos, en escaparates sabiamente iluminados. Un tejadillo y unos tableros sobre caballetes bastan. No hay más que ir entre el sábado por la mañana y el lunes por la tarde al « Mercado de las Pulgas » y los demás días al « Pueblo Suizo », donde estuvo la Gran Rueda, para encontrarse en medio de la corte de los milagros, en el dominio de la chalanería. En las calles circunvecinas, con adoquinado desigual — nos referimos a St-Ouen — y con los arroyos llenos de barro, se extienden sobre dos kilómetros las líneas de los más distintos vehículos, desde la camioneta del zarracatín hasta la Cadillac de cualquier López o Besteguy ; los coches aguardan para cargar en ellos las adquisiciones. Si no teméis hundiros en el barro hasta el tobillo, seguid a los aficionados que callejean a la ventura entre los

tenduchos, disimulando su rango social bajo los abrigos viejos o los pulóveres.

Aquí, el especialista de los hierros viejos tiene extendidos sobre el suelo sartenes, armazones de jaulas, trozos de rejas de hierro forjado, la estatua de tres metros de altura del almirante Courbet de fundición, la cama de hierro, la mecánica de un pozo. Más allá está el especialista de los sables, lanzas, gramófonos viejos, aparatos viejos de telefonía sin hilos ; todo es de aspecto feo y mísero. Pero, de pronto, quedáis en acecho. Entre tanto trasto viejo, descubrís un antiguo lavabo de hierro forjado que, una vez reparado y pintado de nuevo, resultará una encantadora jardinera para el recibimiento. En cuanto al caballo de cartón escapado de un tíovivo de la Feria de Neuilly, contiene los gérmenes de una decoración romántica. Sigamos adelante. Aquí están los bibelots y otros chirimbolos : opalinas, lámparas antiguas, coronas de novia bajo campana de vidrio, relojes de péndola, jarrones, prensapapeles de cristal decorado, gallinas de porcelana acostadas en una cesta, cristalería de todas las épocas, platos decorados con vistas de París o con charadas ; y toda una serie de imitaciones, el cenicero que imita una caja de cerillas, la pieza de loza que parece un salchichón, el pez que parece recién pescado, el tarro de tabaco sobre el que se ve unos cigarros de cerámica ; aquí se encuentran las estatuas pequeñas, los bustos, los muebles en miniatura, las cajas de todas las épocas y de todos los materiales, los tarros de boticario y de ungüentos, los marcos, los grabados, los cuadros, los frascos con forma de Torre Eiffel, los violines y las pistolas, los abanicos de propaganda, las bomboneras, los botones antiguos, los cobres y estaños, los títeres y los muñecos del teatro guiñol, los catalejos y las cucharas recuerdos, las colecciones de tarjetas postales, las chinelas de porcelana y los maniquiés de junco de las modistas de la época de Carlos X ; todos los relojes y las jarras de agua, los termómetros y las medallas, los caleidoscopios, las arañas de todos los estilos, de hierro, de cobre, de madera, de cristal, el folgo con las pieles apolilladas, las botas de postillón. Y todos los cachivaces inútiles o encantadores, impertinentes antiguos con el mango incrustado de marcasita, sables de despacho, muñecas de todos los estilos y de todos los países, cajas de compases blasonadas, soldados de plomo y soldados de madera, carrozas de cobre y reproducciones del Panhard y Levassor de 1898, cuchillos de carey y puñales de Toledo, cajas de pintura de madera decorada, pantallas de chimenea, canecillos, cofres para las astillas forrados de tapizería, animales de plata, de cobre, de cerámica ; cortadillos de todos los tamaños y procedencias ; espuelas mejicanas y condecoraciones antiguas ; pero también se encuentra el escritorio de la época de George Sand, y la colección de plumas de ganso, el cañoncito de bronce como los empleados en Austerlitz y el obús de 1914 transformado en florero ; también hay mariposas clavadas con alfileres y colecciones de insectos, el molinillo de café de una bisabuela y la lámpara de petróleo que hizo la fortuna del primer Rockefeller, la tabaquera del duque de Lauzun y la garra de tigre

que adornó el chaleco de Tartarín, el portamonedas con muelle para el oro del señor Homais y el mapamundi de Julio Verne, la trompeta de Déroulède y el fetiche negro de Cocteau ; y los juegos de ajedrez de hueso, de marfil, de porcelana, de madera, y las plegaderas de jade y las gafas ; y esos libros que son huecos y sirven de escondrijo, y un sinnúmero de alcancías ; y todo lo que se reduce, reproduce y que no es lo que parece ; dos siglos o más de objetos de uso corriente, de pasatiempos, de comodidades con las que el ser humano busca a hacerse agradable la vida, de restos de las habilidades y de las vanidades, del sentido práctico y de lo inútil. Rodeados de estas fruslerías, de estos compañeros silenciosos, de estos fantásticos trastos, hombres y mujeres han vivido, amado, sufrido, creado.

Entre los escaparates, ante los mostradores, en el interior de los soportales y de los tenduchos de tablas, las personas de 1956 van y vienen, pasan y repasan, rebuscan para encontrar el objeto de su ensueño ; a veces lo encuentran y lo hacen empaquetar en un número viejo del *Figaro* o del *Gaulois* para llevarle a su coche y colocarle con precaución sobre el asiento trasero con todo el respeto que merece su adquisición más reciente.

París tiene el virus de la chalanería. Y para satisfacer su vicio, París se vuelca sobre la provincia — cuando dispone de gasolina — donde las tiendas y los almacenes de los traperos, de los ropavejeros, regatones y chamarileros reciben entre el polvo y el olor de moho, al embajador de los Estados Unidos y a Madame Simone, a Salacrou o a Stève Passeur, y también a la reina del cambalache, Luisa de Vilmorin, cuyas cuevas en el Castillo de Verrières-le-Buisson ocultan los tesoros acumulados durante veinte años de curiosidad divertida y de un sentido agudo del objeto que puede ponerse de moda. El Primo Pons ha sido sobrepasado. Millares de parisienses conocen tan bien como cualquier profesional el precio de un mortero o de un tarro de botica. Es un juego que nunca se acaba, un pasatiempo cautivador, una diversión que nunca cansa, el signo de una época que tiene nostalgia de una vida más brillante y más tranquila, menos vibrante pero más profunda, en la que uno sabía rodearse de cachivaches agradables. No todo el mundo sabe tocar el violín como el señor Ingres o ponerse a pintar como míster Churchill. Pero todo el mundo puede llegar a ser coleccionista. ¿ Qué esperais para hacerlo ?

GALA